

Cl. Roux.

MICENAS.—PUERTA DE LOS LEONES

griegos. A él pertenecía la hegemonía de todos los Aqueos en la época legendaria de la guerra de Troya; Agamenón, el pastor de los pueblos, era rey de Argos. Esta península, tan fácilmente abordable por todas partes, debía recibir, mucho mejor que la llanura cerrada de los Minios, todas las influencias venidas por mar, hasta de lejanas riberas; allí se encuentran elementos de cultura procedentes de las islas del archipiélago de Chipre y de la península del Asia Menor. El carácter esencialmente asiático presentado por la civilización de Argos en los primeros tiempos de la historia, es notabilísimo. Los indígenas, aun no bastante hábiles para construirse bellos recintos fortificados y desdeñando amontonar groseramente piedras brutas como los Pelasgos del interior, llamaron a los «Cíclopes» de Licia, tierra anatólica, para construir sus murallas. Fueron obreros originarios del Asia Menor, entonces en el área de influencia de los Hititas, quienes construyeron las murallas de Tirinto, de Mi-

cenás¹, y que erigieron a la entrada de la famosa acrópolis de los reyes, ese bajo-relieve de los leones, que atestigua un arte primitivo todavía inaccesible a los Griegos.

N.º 159. Beocia y valle del Cefiso
(Véase página 276)

1: 1 000 000

0 10 30 60 Kil.

Las relaciones de toda clase que se habían establecido entre las diversas comunidades políticas de las opuestas riberas del mar Egeo, en Europa y en Asia, habían tomado tal frecuencia en aquellas lejanas épocas que el mar Negro, el Ponto Euxino, ha-

¹ Fr. Lenormant, *Les premières Civilisations*, vol. II, p. 410.

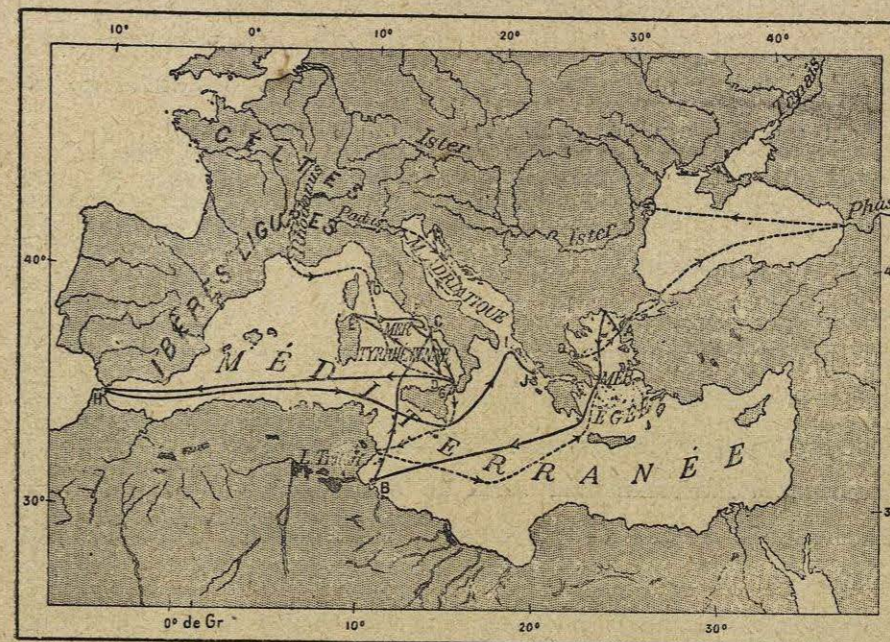
bía entrado ya en el círculo de atracción de Grecia; Jason, personaje que simboliza la fuerza de expansión de los Minios, Argeos y otros Helenos, se asocia a los héroes de todas las razas de Grecia, triunfa de los sortilegios que prohibían la entrada del mar desconocido, y, de milagro en milagro, acaba por conquistar el «Toisón de oro». Unos griegos se establecen, pues, en un mundo completamente diferente de su patria, a cien mil estadios de los valles o de las playas natales, sobre los torrentes que acarrearán el oro del Cáucaso. Esta industria, este comercio, se hacen bastante importantes para que Helenos venidos de todas las costas del archipiélago tomen parte en él,—eso es lo que atestiguan los detalles del mito de los Argonautas. Si el mismo barco tomó el nombre de Argos, el Estado más poderoso de la Grecia meridional, Jason, el jefe de la expedición, es de origen tesalio, y del puerto de Jolchos, al pie del Pelión, parten los remeros. Una pieza de madera, tallada en una encina de Dodono, en Epiro, pronuncia oráculos como el bosque de donde procede; fué Palas, cuyo nombre se identifica después con el de Atenas, quien dió los planos para la construcción del barco; Hércules, hijo de la tierra como los Pelasgos, se halla en la delantera del buque para vigilar el peligro, mientras que Orfeo de Tracia anima a los remeros con sus cantos y los acordes de su lira. Es la Grecia entera, son también las tierras de los antepasados que avanzan en masa hacia las regiones del Cáucaso.

Sin embargo, es preciso comprender que la leyenda primitiva no era un mito comercial; según los medios y las edades, todo se transforma y toma un sentido nuevo. Es cierto que la forma más antigua de la narración no tenía relación alguna con las minas de oro de la Cólquida: unos versos de Mínermo, que parecen datar de unos veinticinco siglos y que se hallan intercalados en la *Geografía de Estrabon*, nos hablan de los «rayos del Sol de curso rápido» que «reposan extendidos sobre un lecho de oro»¹. Con toda evidencia el mito es puramente solar, y ese lecho de rayos de oro que, por otra parte podría buscarse lo mismo en Occidente que en Oriente, no es más que el carcax de flechas depositado por el dios cuando

¹ Strabon, libro I, cap. II, 40. Ed. Am. Tardieu.

ha acabado de recorrer el cielo. Al crepúsculo vespertino, los coloca sobre montones de nubes purpúreas; a la aurora, les halla sobre bandas de rosadas nubecillas, y emprende nuevamente su

N.º 160. Viajes de Ulises y de los Argonautas



→ Viaje de Ulises (según V. Bérard) ← Viaje de los Argonautas (según el texto) ←

1: 40 000 000

0 500 1000 1500 Kil

- | | |
|--|---|
| A. Ulises se embarca en Troya y dirige la excursión de piratería por las costas de Tracia. | G. Garibdis y Scila (estrecho de Mesina) e Isla del Sol (Taormina). |
| B. País de los lotófagos, isla Djerba. | H. Residencia de Calipso, isla del Peréjil, al pie del monte de los Monos, al oeste de Ceuta. |
| C. Residencia de los Cíclopes, Campos Flégeos. | I. Residencia de Alkinoos y Nausikaa, Corcira. |
| D. Residencia de Eolo, Stromboli. | J. Regreso a Itaca, después de diez años de viaje. |
| E. País de los Lestrygons. | |
| F. Residencia de Circe (monte Circeo, cerca de Terracina), después visita al país de los muertos (Averno); luego nueva visita a la residencia de Circe, el viaje se dirige hacia Mesina, atravesando el mar de las Sirenas (entre Capri y la costa). | a. Jolchos.
b. Isla de Elba. |

marcha triunfal. ¿Pero, dónde se encuentran esas armas solares? A lo lejos, siempre más lejos, más allá del horizonte vespertino y del horizonte de la montaña, y se necesitó que naciesen edades utilitarias para que mentes limitadas, como la de Strabon, viesen lingotes de oro en esos rayos del Sol y el vellón

de ovejas constelado de pepitas en el tesoro conquistado por Jason¹.

Desde el punto de vista de los conocimientos geográficos de la época, es también muy provechoso estudiar las versiones dadas acerca del viaje de regreso de los Argonautas según los diferentes autores, líricos, dramaturgos u otros. Todos esos poetas o historiadores de un largo período épico se esfuerzan por comprender en sus narraciones el conjunto de las comarcas de la Tierra que les era conocido. Hesiodo nos dice que el Argo remonta el Phaso, después, llegado al gran río Océano, se hizo llevar por él alrededor del mundo hasta el sud de Libia, desde donde fué convoyado a través del desierto hasta uno de los golfos del Mediterráneo. Otro itinerario parte de la boca del Tanais para entrar en un circuito análogo por las puertas de Hércules. Pero el trazado que acaba por prevalecer es el que propone Apolonio de Rodas: hace penetrar el Argo en el Ister o Danubio, de donde, por una serie de bifurcaciones fluviales, llega al Eridán o Padus (Po), después al Rhodanus (Ródano); le conduce al país de los Liguros y de los Celtas, le hace recorrer el mar Adriático y el mar Tirreno, visitar la isla de Elba, escapar, cerca del golfo de Nápoles, o en otra parte, al temible canto de las Sirenas, después a los peligros del estrecho de Mesina y remontar, en el continente libio, hasta el lago Tritón, que buscan los arqueólogos actuales en las costas de Túnez.

El mito de los Argonautas resume todos los conocimientos geográficos de los Griegos en la época en que comienza para nosotros la historia escrita del mundo mediterráneo. Es un documento histórico de primer orden al que se junta la narración de las aventuras de Ulises, y que corresponde al cuadro de los pueblos conocidos que nos ha conservado el *Génesis*; sólo que el resumen etnográfico transmitido por los Semitas presenta un carácter más estrecho. Los Hebreos tenían gran empeño en recordar su propia genealogía y en determinar sus relaciones, de parentesco o de odio hereditario, con los pueblos que les rodeaban; solamente estudiaban el mundo desde su punto de vista egoísta de nación escogida, mientras que los Griegos, más cu-

¹ E. H. Bunbury, *History of ancient Geography*, vol. I, p. 20.

riosos, solicitados por la pintoresca variedad de las riberas que se desarrollaban ante sí, comprendían las extensiones circundantes con intención más objetiva; trataban, no de glorificarse, sino de saber. Ese contraste es natural entre dos razas, una de las cuales habitaba un estrecho territorio rodeado por el desierto, y la otra, movilizada por su medio, cambiaba voluntariamente de residencia, yendo de un lado a otro sobre las cambiantes olas del Mediterráneo.

Los conflictos de intereses, las ambiciones rivales que debían producirse entre los pueblos, a ambos lados del mar Egeo, acabaron por producir una violenta ruptura de equilibrio: tal fué la guerra de Troya, en la que se vió a la mayoría de los Griegos occidentales, guiados por los Aqueos, llevar la guerra a las costas del Asia Menor y chocar allí durante largos años contra las poblaciones dardanelas de la comarca, emparentadas con los Tracios del Hæmus y con los Frigios de la Anatolia interior. No se sabe sino con la aproximación de un par de siglos, la época en que tuvieron lugar esos terribles conflictos, cuya memoria se conservará siempre entre los hombres, gracias a los cantos de Homero y a las rapsodias; tampoco se tiene seguridad de que Troya, a cuyo rededor el cruel vencedor arrastró el cadáver de Héctor, sea una de las ciudades exhumadas por Schliemann sobre la colina de Hissarlyk: ninguna inscripción da autenticidad al descubrimiento del «tesoro de Príamo»; tampoco puede precisarse el sitio de Ilion en el tiempo ni sobre el suelo. Lo que es cierto es que el choque tuvo lugar y que puso en movimiento, como un huracán, las poblaciones de la Hélade y del Asia Menor; tampoco puede dudarse que las estrechas hondonadas del Simois y del Scamandro, que desembocan a la entrada misma del Hellesponto, hayan sido los lugares de la lucha entre los combatientes; las ruinas, los túmulos funerarios, los restos de ciudades calcinadas atestiguan la importancia de los acontecimientos que se realizaron en otro tiempo en ese ángulo nor-occidental del Asia Menor. Tal vez puedan conciliarse las afirmaciones contradictorias de los sabios a propósito de los tiempos y de los lugares, admitiendo que hubo varias «guerras de Troya»; la epopeya de Homero simbolizaría entonces una época durante la